

## AZUL EN TODAS LAS ESTACIONES

Con este libro, “LUCES DE NEON/DEL CAMPO A LA CIUDAD/EL ÉXODO A NINGUNA PARTE”, Anabel Otero y Oscar Luis Alonso retoman el hilo de su anterior “Ensayo sobre el Desarrollo Local y Rural” (2019), profundizando en una temática tan importante como preterida en las inquietudes de una política sesgada, cuando no abducida, por la actual visión urbana del mundo. Desde la Revolución Industrial la correspondencia campo-ciudad había sido permanente objeto de reflexión por el urbanismo y las ciencias sociales en un intento de recomponer unas relaciones debilitadas. Pero es a raíz del imparable proceso de metropolización de los últimos cincuenta años como ese desencuentro deviene una abierta confrontación de términos excluyentes: el “cosmos”, o la razón de la ciudad, frente al “caos”, la sinrazón de un campo concebido como el negativo de la primera, que ha llevado a no pocos autores a certificar el definitivo, el aplastante e incluso jubiloso triunfo de la ciudad, aunque fuera a expensas del vaciamiento demográfico, cultural, productivo y anímico del mundo rural. El profesor de economía de Harvard, Edward Glaeser, en su celebradísimo libro “El triunfo de las ciudades” publicado en el 2011, subrayaba su título con este exultante comentario: *“cómo nuestra mejor creación nos hace más ricos, más inteligentes, más ecológicos, más sanos y más felices”*. Aunque pueda chocarnos, ése era el pensamiento dominante hasta que llegó la pandemia de la Covid19, que paralizó la vida a escala mundial provocando la primera crisis urbana verdaderamente planetaria de la historia, después de que la ciudad hubiera paseado su lábaro triunfante a lo largo de ella.

Ciertamente el desequilibrio territorial, el despoblamiento y la depresión económica del mundo rural en nuestro país, lo que llamábamos “la España vaciada”, ya estaba siendo objeto de preocupación generalizada antes de la pandemia, pero ésta lo pasó a primer plano. Por un lado, no costaba demasiado trabajo establecer una relación directa entre las aglomeraciones urbanas y el virus (en definitiva, se trataba de un virus urbano) y, por otro, las consecuencias del cambio climático y la incidencia que sobre éste tenía el modelo de producción global, pasaron abruptamente de disquisición teórica o contracultural a ser una evidencia dramáticamente contrastada por los hechos. A partir de ese momento muchas miradas se empezaron a dirigir hacia el mundo rural para encontrar en él nuevas claves con las que poder convivir con una naturaleza que irresponsablemente habíamos borrado de nuestros esquemas mentales; o, como acertadamente lo expresa el economista Vicente Seguí, *“ver cuánto nos sirve la naturaleza para hacer ciudad y cuánta ciudad podemos hacer con la naturaleza; y lo más importante aún, entender que el mundo rural y sus actividades son también ciudad”*.

Creo que este pensamiento describe bien el campo de acción en el que trabajan nuestros autores desde unos planteamientos tan sugerentes como realistas, pues no son las suyas actitudes que reeditan un utopismo visionario ni, menos aún, admoniciones del tipo “Menosprecio de corte y alabanza de aldea”, sino reflexiones de economistas firmemente vinculados a la realidad, y con una voluntad ejecutiva. Prueba de ello es que, sin rebajar el nivel argumental, exponen sus postulados con jovialidad pedagógica y divulgativa, mediante un lenguaje muy claro y una estructura que atrapa enseguida al lector joven (o no tan joven), pautada por unos capítulos cortos y contundentes encabezados por alusiones a la música “pop”. Reconforta ver refrendados

por un saludable positivismo científico lo que para muchos de nosotros eran sólo intuiciones que no acertábamos a expresar. Aquí se explica todo con rigor y en volandas, pero sin retórica.

Porque, en efecto, el libro desgrana con sencillez y contundencia las múltiples componentes del estropicio que, en todo orden de cosas, ha supuesto la actual ruptura entre un mundo rural y un mundo urbano que, en aquel televisivo “Verano Azul” de su infancia con el que significativamente arrancan su discurso, formaba parte de una unidad indisociable dentro del orden natural de las cosas. Pero en el medio siglo transcurrido desde aquella Nerja de “El Chanquete” hasta hoy, los dos mundos, como decíamos, se han dividido y, aunque muchos habían empezado ya a ver las consecuencias de ese desorden, su constatación definitiva se produjo, precisamente, en el seno del propio mundo urbano con la crisis del 2008. El aire de la ciudad ya no nos hacía libres, según la hermosa expresión germana llevada hasta la exaltación por Glaeser, sino que aumentaba la brecha social, expulsando de ella a los desheredados que no podían seguir la rueda avasalladora del darwinismo urbano: los perdedores. Lo pudimos ver bien en nuestra cercana Costa del Sol: miles de trabajadores oriundos de los pueblos del interior, lo más vigoroso de su población activa, volvían a ellos lamentando haber abandonado por el ladrillo unos recursos productivos ancestrales que, de haberlos mantenido, les hubiera permitido capear la crisis saliendo fortalecidos de ella. Tierras de viñedos, olivares, cítricos y almendrales, molinos de aceite y harina, majaderas de esparto, agua a raudales, artesanías diversas, frutales que podrían ser la despensa de la provincia...técnicas antiguas y heredadas que habrían de durar lo que durase la memoria de los viejos que un día las practicaron porque, como bien dicen los autores, con ese abandono lo que desaparece es toda una Cultura, que forma parte del conocimiento acumulado a lo largo de los siglos como expresión jubilosa de la inteligencia y la voluntad humana en una relación íntima- y dialéctica- con el medio.

Esa crisis ponía en tela de juicio los tres motores básicos del sistema capitalista, seriamente dañados por haberse pasado de revoluciones: la competitividad, el consumo y el crecimiento; pero la actual pandemia de la Covid19 se ha encargado de proyectar esa crisis del modelo productivo sobre un telón de fondo muy concreto: la crisis del modelo territorial. Y es precisamente ahora cuando por primera vez en mucho tiempo, se vincula la recuperación económica con un modo de vivir- de vivir el lugar, el territorio- radicalmente distinto, reintegrando en una unidad anímica, vital y productiva, los mundos artificialmente separados por la lógica del sistema porque, como también afirman los autores, “la dicotomía pueblo ciudad no existe”. Es rigurosamente cierto. Lo que ha ocurrido es que, hasta que se hizo insostenible, la separación convino para hacer carburar esos motores a los que aludimos, los cuales precisaban de la aglomeración como condición necesaria para el funcionamiento del principal de ellos: el consumo.

Pero es ahora, ante el pavor de la pandemia y la deshumanización de la gran ciudad cuando buscamos en su barrios unos “modelos de cotidianidad” en los que se puedan reproducir las relaciones de proximidad, de convivencia, sosiego y estabilidad emocional de los núcleos tradicionales, de los pueblos “*que tenían de todo y en los que todo estaba a unos pasitos caminando*”; en los que todo el mundo se conoce, donde todo el mundo sabe hacer de todo, y donde no hay que coger forzosamente un vehículo para ir de un extremo a otro en la satisfacción de las necesidades primarias. Hoy el redescubrimiento

de los valores de lo urbano está en volver la mirada a la calle, a la vivienda, a la calidad de los espacios públicos próximos, en los bares y lugares comunales en los que, tras dejar el ordenador que minutos antes nos ha conectado con el universo permitiendo trabajar a distancia, nos juntamos con nuestros semejantes para compartir nuestras alegrías e inquietudes: es decir, el tipo de convivencia que propician los núcleos tradicionales y agrarios. Si hasta ahora el mundo agrario, el campo, había sido “lo Otro”, ahora es el paradigma de lo urbano y la modernidad, pero no sólo como modelos de convivencia, sino como modos alternativos y verosímiles de productividad, mediante la aplicación de las tecnologías de la comunicación, innovación y conocimiento a los sectores económicos abandonados, porque de otro modo no sería concebible hoy su resurgimiento. Pero aquí los autores hacen la muy oportuna advertencia de que esas tecnologías son de “colaboración” y no de “suplantación”, aplicables de una manera natural, sin forzar, como de hecho siempre se han producido históricamente los desarrollos tecnológicos en el campo, desde el arado romano a la trilla mecánica. No se trata de cambiar de paisaje, sino de utilizar la técnica para la mayor valoración del campo y sus recursos, sin impostaciones ni imposiciones tipo “smart villages” que ponen las carretas de la alta tecnología antes de los bueyes de las verdaderas necesidades como una nueva colonización tecnológica y una consolidación de los mismos desequilibrios, pero ahora ...“políticamente correctos”.

A este respecto hemos de destacar en los autores que su entusiasmo de convencidos no les nubla el entendimiento de investigadores, de ahí que no eludan el compromiso de abrir caminos posibilistas para esa “reagrupación” de los mundos, no sólo en el terreno teórico o afectivo sino en el de su encaje en el sistema económico. Y es así como exhuman la figura del ruso Aleksandr Vasilevich Chayanov (1888-1937) y su corriente de pensamiento e investigación de la economía agraria centrada en la “Unidad Económica Campesina”. La base cooperativista de su propuesta nunca ha dejado de estar vigente de un modo u otro, desde los kibutz israelíes hasta las experiencias latinoamericanas pasando, incluso, por los pueblos de colonización de nuestra postguerra. El cooperativismo tiene hoy mucho más recorrido del que se pudiera pensar y, en cualquier caso, constituye un buen punto de partida para reinsertar la “lógica” del sector primario en la actual economía de mercado. Para los autores, profundizar en las ideas de Chayanov, en su concepto de organización vertical y cooperativa es la forma correcta de que la industria agraria y los canales de comercialización puedan estar en manos de los propios productores sin perder del todo el control del mercado deviniendo de productores en asalariados, cerrando el círculo vicioso. La reivindicación del sector agrario, el mundo del campo como universo anímico y fuente de productividad, tiene que idear sus propias estructuras de forma que el productor no queda relegado a mano de obra porque, evidentemente, la relación entre productor y el consumidor, después de todo este periplo, no puede ser la de volver a vender sandías bajo un sombrero al borde de una carretera.

En resumen, este es un libro necesario y oportuno, que se lee con avidez y complicidad y que aborda con desparpajo, pero con rigor, el que quizá sea la cuestión territorial, cultural y socioeconómica más importante del momento : un reencuentro, una reconciliación del ser humano con la naturaleza, armonizando en una visión integradora lo que hasta ahora se ha querido presentar de una manera interesada o miope como realidades contrapuestas: el mundo físico y el digital, el del conocimiento tecnológico y

el de la sabiduría ancestral, el del cosmopolitismo y el de las identidades exacerbadas, el de lo común y el de lo particular, el de las aglomeraciones urbanas y el del campo... sin saber ver que entregándose sólo a una de las opciones el hombre, en el mundo en que vivimos, es un ser incompleto. Son tiempos confusos, sí, pero al menos debemos tener claro que ese luminoso azul nerjeño que marcó a los autores como una promesa indeleble de un mundo mejor, en donde se unían *“lo rural y lo urbano, lo moderno y lo antiguo, además de lo humano y lo vacío”* no debería limitarse a aquellos prodigiosos veranos sino a todas las estaciones del año, en todas partes...y siempre.

**Salvador Moreno Peralta**, arquitecto y urbanista